

Pedro Selva

Matar su alma

«... mucho tiempo ha pasado desde la última vez que lo vi y muchas cosas han sucedido; cosas que me obligaron a venirme al campo y que he descrito en este corto ensayo que aquí le mando.

«Me vine al campo a reformarme y estoy matando mi alma. Antes de que se muriera, quise escribir y escribí eso, no sé si será bueno o malo; pero es sincero, y sufrí mucho al escribirlo y, además, es mío.

«Y mi mayor deseo es que le guste, que lo penetre y que me escriba a S... P... casilla 5, dándome su parecer. Si es bueno, quiero publicarlo: va a ser mi último acto de «dilettante» y le agradecería por el resto de mi vida que me ayudara a ello.

«Quisiera conversar con Ud. Llego a creer que con ello tendría un poquito de fuerza de voluntad y... ¡pero no!; no se puede; tengo que entrar en plan de trabajo y convertirme en otro animal de trabajo, en un hombre de bien, forjarme una situación financiera y,

después, si quiero, puedo dedicarme a lo que me gusta, una vez que haya muerto mi alma . . . »

«No diga eso. ¡A los dieciocho años! Ya comprendo que habrá hecho alguna y lo mandan al sur para que no haga otra, la cual, sumada a otras y otras anteriores, forman ya cierta cadena. La han querido cortar y que Ud., dejando estudios que no le interesaban—(nunca le vi aficiones arquitectónicas serias: las preguntas que le hice aquí sobre mi casa le interesaron poco y ni por broma se acordó del planito que iba a mandarme)—se dedique a las nobles labores campesinas, que son fecundas, prácticas, lentas. Y aburridas. Me parece bien. Pero, veamos ¿por qué va Ud. a matar su alma? ¿Qué significa eso? Eso significa, simplemente, según entiendo, renunciar a escribir, abstenerse de la vida superior, seguir no la escondida senda—(aunque el fundo de sus padres se halla bien escondido entre los montes y los lagos)—sino el sendero trillado, el camino carretero por donde va el rebaño. O sea, no apartarse ni sobresalir, no gustar las delicias de la creación literaria que hace gozar cuando se concibe; que causa mayor placer aun cuando, trabajosamente, se da a luz; que, en seguida, indefinidamente, en el espacio y en el tiempo, desde lejos y durante muchos años, a veces, nos está devolviendo ecos. se nos aparece a la vuelta del camino y nos saluda, nos sonríe y nos acompaña. «¡Ah!, ¿Ud. es el autor de . . . Ud. es el que escribe . . . Ud. es . . . ? Si Ud. lo ignora, se lo

digo: a eso es a lo que Ud. renuncia dejando de escribir y eso es lo que Ud. siente. Lo mismo que Ud. siente ahora lo sentía yo, hace casi cuarenta años, a su edad. Lo que Ud. sueña, yo lo he conseguido. Puedo hablarle, pues, con conocimiento de causa. Y no lo voy a decepcionar ni a echarle ceniza en el vaso. Voy a decirle otra cosa de la que se acostumbra: eso, todo eso, vale la pena, es agradable, compensa al cabo los sacrificios y los esfuerzos que exige. A cierta distancia de mi casa, tan solitaria como yo, vive una dama menudita, ágil, interesante, música llena de vida; tiene la cabeza vivaz y los ojos a un tiempo intranquilos y absortos. Me confesó y me lo ha probado que, desde 1920, calcule Ud., tantos años antes de que Ud. naciera, cuando leyó un libro mío, tenía ganas de conocerme, se había propuesto ser amiga mía. Este conocimiento de ayer adquiere así, de pronto, de un día a otro, una dimensión profunda, es como una amistad antigua. Yo sufría mucho a la edad de Ud. porque pasaba por el centro, por la Alameda, y nadie me conocía, nadie me saludaba, no encontraba, generalmente, ni un amigo con quien juntarme para charlar o beber. Cierto que, entonces, tampoco tenía lo necesario para invitar a alguien a tomar helados donde Camino: cuarenta centavos la copa. Pero eso es otro cantar y a Ud. no le conviene. A mí me dolía la soledad, el aislamiento, el no ser nadie dentro de una multitud. Por eso he escrito, en gran parte, en una parte principalísima. Ahora seguiré no siendo nadie, pero cuando paso

entre la gente y ni me miran ni me saludan, pienso: — Muchos de éstos me habrán leído, muchos me conocerán de nombre, hace años, y no saben quien soy. No saben quien soy. Ahí tiene Ud. uno de los grandes placeres, para mí el deleite máximo de escribir y publicar. Es como un disfraz impenetrable. Es como haber adquirido el don de hacerse invisible. Es como tener dos personalidades dentro de un mundo en que el más rico, cuando mucho, tiene una. O ninguna. Pero para conseguir todo eso no he necesitado renunciar al trabajo ni dedicarme pura y exclusivamente al cultivo de las letras. Tampoco habría podido hacerlo, porque necesitaba trabajar mucho para poder vivir; época hubo en que desempeñaba cinco empleos. No sé como, pero los desempeñaba. La necesidad es así. A mí me habría encantado entonces lo que a Ud. le aflige tanto: irme a la montaña, aserrar madera, criar animales, sembrar trigo resistente a la lluvia. Y todavía, cerca de un lago fabuloso, famoso. ¿Por qué va a matar su alma allá? Aquí, sí, está matándola. Pero no lo voy a sermonear. Tanto más cuanto que ya le había aceptado cierta invitación que no llegó a realizarse, porque Ud. seguramente, la echó en olvido, y que no era justamente santa. Bien. Aquí tampoco mataba su alma. En ninguna parte, el que sincera y ardientemente desea vivir, la mata. La cuestión es tener alma. No una almita cualquiera, de tres al cuarto, débil, insignificante, que se rinde al primer choque y se pone a llorar, sino una alma tenaz, porfiada, vigorosa e invencible. Supongo que

Ud. habrá leído algunas cosas de las mil que se han dicho en estos meses sobre Cervantes. Aunque sean muchos los animales del fondo no le impedirán sentarse una hora al día con una revista en la mano. O con un diario. Y aunque nada haya leído—¿Sabe que ahora me doy cuenta de que Ud. no es muy aficionado a la lectura? A su edad yo devoraba los libros—imposible que ignore los padecimientos de Cervantes, su vida aporreada y cuánto le costaría recogerse, pensar, escribir. Eso se llama vocación. Jamás don Miguel habría dicho, porque lo mandaban a trabajar al campo, que iba a «matar su alma». Una vocación fuerte lo rompe todo, como esas hierbas que horadan el cemento, como esas raíces que hacen hincharse las veredas de asfalto. Lea, observe, medite. La vida en el campo es interesantísima. Como en todas partes. La cuestión está en saberla ver, en saberla apreciar. Y Ud. puede y debe hacerlo. Y lo hará. Sólo cuatro o cinco páginas he leído de las que Ud. me mandó y que titula, no sé por qué, ensayo: hasta aquí veo una novelita sumamente entretenida, liviana, ingeniosa, con dos personajes, el viajero—Ud., a la vista—el viejo intruso, enemigo de Kant, porque «los autores franceses son tan corrompidos» (¿no está un poco demasiado fuerte la burla? ¿Eso le ocurrió en verdad o lo ha inventado Ud.?) y la muchacha de la ventanilla del tren, bastantes por sí solos para atraer y retener la atención y procurarle a uno horas agradables. Cuando termine la lectura le daré mi opinión. Creo casi seguro que será estimulante; pero,

aunque no lo fuera en este caso particular, lo sería en general. Creo que Ud. debe seguir escribiendo, no a pesar de haberse ido al campo, sino, precisamente, por haberse ido al campo. Rechace la idea de que me estoy imaginando la vida del hacendado como un ocio perpetuo. La conozco desde niño y sé la atención que demanda, la vigilancia continua de los que llaman, por ironía, trabajadores, y cómo es preciso trabajar para que trabajen. Pero eso nada impide y puede Ud., junto a su personalidad rural, ir desarrollando la otra, la íntima, de puertas adentro. Y tener dos. Siempre me ha seducido poseer dos identidades diferentes. Y es que no somos uno sino varios, muchos; y sólo uno sale a la superficie. Recuerdo siempre la sorpresa que me dió en un ramal del sur un caballero que iba conversando con un amigo. Los dos hombres de campo, dueños de fundo, crianceros, engorderos, trigueros. Hablaban de precios, de kilos, de quintales, cuabras, riegos y pleitos por la boca-toma, con esa minuciosidad de los detalles que hace tan terrible la cercanía de los agricultores en los trenes. Son carretas cargadas hasta el tope de cosas desprovistas de interés que remontan la cuesta paso a paso, sin importarles nada el tiempo, la paciencia ni la exasperación. En realidad, esos han ematado su alma». Y matan, por añadidura, el alma de los demás. Le encuentro razón a Ud. para que les tema. Pero, oiga. Entró en escena un tercero, un ciudadano, es decir, hombre civilizado, evidentemente culto y he aquí que uno de los dos, así como los que están

hablando un idioma y cambian del castellano al francés o al inglés para alternar con otro que sólo posee estas lenguas, se puso a conversar con el recién llegado de ideas generales, teorías racistas, cuestiones de sociología y psicología étnica, de tal modo apasionantes, con tanto ardor y tanta competencia que me quedé sobrecogido. Lo miraba. Era el mismo y era un ser diverso. Vestía como huaso, poncho, botas altas, sombrero ancho y tenía la cara curtida por el sol, áspera, bravia y poderosa de hombre de lucha. Ahora, sin perder su energía se había transformado y era una mezcla muy curiosa de términos sabios y palabras sin «ese», de teorías en que Spengler asomaba la oreja y una pronunciación bastante criolla. ¿Quién era, quién sería, quién podría ser? Me inclinaba yo sobre la conversación de mi vecino como sobre un «puzzle», juntando piezas, completando figuras, seguro ya de que iba a descubrirlo, porque no podría ser cualquiera, cuando, de pronto, una pregunta y una respuesta de los interlocutores me dieron la clave: era don Francisco Encina, el historiador. Un hombre de trabajo, de campo, de hacienda. Durante ciertas épocas—después me lo dijeron—entre fundos propios y arrendados, dirigió nueve grandes propiedades agrícolas. Y no dirá Ud. que este caballero haya necesitado, para dedicarse al campo, **matar su alma**. Vamos, déjese Ud. de frases y sea valiente; tome el toro por las astas. Lea y recorra los potreros, escriba y siembre trigo, medite y tenga pleitos de agua—si los tienen por allá, en el diluvio—

y no repita aquello de que su alma, su querida alma, está muriéndosele por falta de cultivo. El alma es como la tierra: si la abandonan se cubre de malezas o permanece estéril, pero si cuidan de ella, la abonan y le dan buen alimento, buena semilla, aguas claras, soles y aires puros, entonces rinde ciento por uno, fructifica y florece. Cultive las dos tierras paralelamente y en vez de destruirse se entre-ayudarán.

San Francisco de las Condes, enero de 1948.